

Fantástica Salvaje

Marta Elías

La espada invencible

CASANDRA ROVIRA II



CASANDRA ROVIRA II

La espada invencible

Marta Elías

Del texto: © Marta Elías, 2014
De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2026
Primera edición en Los Libros del Salvaje: marzo 2026

Título
La espada invencible

Serie Casandra Rovira 2

Ilustraciones
Portada diseñada por: Laura G. Loaisa

Editorial
Los Libros del Salvaje

Aldea Betán 12
32704 Baños de Molgas (Ourense)

<https://loslibrosdelsalvaje.com>

Este libro ha sido impreso con papel libre de cloro y con certificación FSC,
procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

Impreso en Gráficas Ulzama Digital
Pol. Ind. Areta, C./ Altzutzate 51.
31620 Huarte (Navarra)

ISBN: 978-84-129435-4-2
Depósito Legal: OU 31-2026

*Dedicado a Laura, mi hermana de padre y madre, y a Helena,
mi hermana de tío y tía, que han seguido esta historia pacientemente a
capítulos desde hace un año. No puedo conseguir un Héctor y un Sam
reales, pero os los cedo en este libro.*

PRÓLOGO

Acababa de empezar mi segundo curso en la universidad. Pese a que septiembre ya estaba casi acabando, aún hacía bastante calor. Empecé a sudar camino de la Plaza de Cataluña mientras repasaba mentalmente mis quehaceres para aquella tarde, pero una voz interrumpió el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunté distraídamente.

—Digo si nos veremos luego —repitió Pol.

—No creo, tengo que estudiar e ir al gimnasio.

—Pero si estás perfecta, no entiendo por qué le dedicas tanto tiempo.

—No me importa estar atractiva, solo quiero estar en forma.

—Por un día que no vayas, no pasará nada —insistió, algo do-
lido.

—Bueno, luego te llamo —zanjé sin comprometerme.

Pol me dio un rápido beso y sonrió antes de dirigirse hacia el metro. Continué el camino hacia los ferrocarriles mientras volvía a mis planes. Eran las tres y aún tenía que comer, hacer mi sesión diaria de ejercicio y estudiar un poco. Además, quizá papá querría que pasara por el Santuario. Era su teatral forma de llamar a las oficinas de su organización, la Asociación para el Rescate del Patrimonio Arqueológico —cuyas siglas, A.R.P.A., me parecían espantosas como nombre de empresa—. Desde que entré en el negocio familiar, hacía ya casi un año, tenía que dedicar tiempo a aprender lo que hacían y su funcionamiento, además de realizar los cursos que mi padre im-

ponía de primeros auxilios, defensa y demás habilidades que pudieran sernos útiles. Era muy difícil dividir mi poco tiempo libre entre todo.

Mi móvil vibró en el bolsillo. Era un mensaje de mi mejor amiga, Helena.

«A las 5 estoy en tu casa, ya que no te dejas ver por las buenas».

«Hoy no puedo», contesté.

No aceptaría un no. Por si no tuviera suficiente ya esa tarde. Debía reconocer que tenía abandonada a Helena, así como a mi otro gran amigo, Dídac. Y encima me había echado novio —aunque no me gustaba llamarlo así, prefería decir que «salía con él»—.

Después de mi complicado viaje a India, había pasado unas semanas en coma. No parecían haberme quedado secuelas físicas de consideración, pero tuve que hacer rehabilitación antes de volver a la normalidad. Cuando por fin me incorporé a las clases ya llevaba retraso. Pol, un compañero que se sentaba en la fila de detrás de mí, se ofreció a ayudarme para que pudiera ponerme al día lo antes posible. Como mis padres eran muy conocidos en el mundo académico tanto por su faceta de profesores como por sus intervenciones en medios de comunicación, todos sabían quiénes eran y, por lo tanto, quién era yo. El rumor de mi «accidente» había corrido como la pólvora y mis nuevos compañeros me miraban con una lástima que no era capaz de soportar, así que al principio no me relacioné demasiado con ellos. Pol me miró de esa forma cuando hablamos por primera vez, y eso me enfureció. Rechacé sus repetidos intentos de acercarse a mí hasta que, agobiada por la primera tanda de exámenes para los que no me sentía preparada, le pregunté si su oferta seguía en pie. Al poco tiempo se invirtió el asunto y era él quien necesitaba de mi ayuda. En el primer curso se estudiaban los periodos más antiguos, y Pol era un apasionado de la historia contemporánea. Tenía muchas dificultades con asignaturas como Prehistoria.

Para Navidad ya estábamos saliendo, aunque no podía decir —y menos en voz alta— que estuviera enamoradísima de él.

Aquello era una espina clavada para mí, porque Pol era un chico excelente, todo lo que se le podía pedir a un primer novio: listo, trabajador, bueno y cariñoso. Y, pese a eso, no dejaba de pensar en que lo que sentía por él no podía ser lo que se conoce por amor. Si lo era, las películas mentían. No eran para nada los sentimientos espectaculares que había esperado. El nudo en el pecho, las mariposas en el estómago, la respiración acelerada, el pensar en él a todas horas..., no aparecían por ninguna parte. Definitivamente, ese no era mi caso. Le tenía muchísimo cariño, y resultaba innegable que provocaba reacciones físicas en mí —si no, no me hubiera dejado convencer para acostarme con él—, pero seguía esperando a que otros sentimientos más intensos afloraran con el tiempo.

Acababa de llegar a la puerta de mi casa cuando otro conocido me sobresaltó.

—¿Sabes algo de tu hermano?

—¡Mierda, Sam! ¡Qué susto! —exclamé.

—Lo siento mucho —se disculpó.

—¿Sabe tu novia que siempre me estás acechando? —Lo esquivé para introducir la llave en la cerradura.

—¿Sabes algo de Álex? —repitió, ignorando mi pregunta.

Me detuve en el umbral y lo miré fijamente.

—Aún no. ¿Por qué te importa tanto mi hermano de repente?

—Curiosidad —contestó.

—Mientes. —Le conocía lo suficiente como para saberlo. Había sido receptora de gran parte de sus mentiras.

—Avísame si hay noticias, ¿vale?

—No —contesté, cerrándole el portón en las narices.

Tuve que esperar un minuto para serenarme. Sam sí provocaba en mí las reacciones que no conseguía sentir con Pol, pero por todo lo opuesto. Él era mi archienemigo.

Crucé el jardín para entrar en casa y me dirigí al salón. Saludé a mi hermana pequeña, Sofía, que estaba terminando de comer, y me senté a su lado mientras Elvira, nuestra asistente, traía otro plato para mí.

—Gracias, Elvi —dije, empezando antes de que tocara la mesa.

—Dios mío, Casandra. Comes como un animal.

—Según algunos profesores de antropología, lo soy —mascullé con la boca llena. Tragué y me dirigí a Sofía—. ¿Alex ha dado señales de vida?

—Todavía no.

Asentí, intentando disimular mi preocupación. Mi hermana no sabía nada de la vida secreta de la familia y yo tenía que morderme mucho la lengua para no meter la pata y contarle algo indebido. Era una estúpida norma que tenían mis padres: a los dieciocho años hacíamos un viaje de iniciación durante el que averiguábamos que mi familia no solo se dedicaba a la arqueología convencional, sino que también rescataba en secreto artefactos antiguos de ciencia avanzada. En mi caso, el viaje fue un cursillo acelerado y por las malas.

Mi madre llegó a casa cuando estaba a punto de recoger el plato y subir a mi habitación.

—El suelo no es sitio para dejar la mochila, Casandra —saludó.

—Hola a ti también, mamá. El día ha ido bien, gracias.

Mi relación con mi madre nunca había sido muy buena, en gran medida porque no me parecía normal que mirara con más amor las vitrinas de los museos que a sus propios hijos.

Vacíé las cosas de la universidad sobre mi cama y preparé la bolsa del gimnasio antes de ponerme ropa de deporte y volver a salir. Iría a pie para bajar un poco la comida de camino.

—Sofía, si viene Helena por aquí dile que ya la llamaré —avisé.

—No me hagas hablar con ella, por favor —imploró.

Poca gente la soportaba, aunque había que admitir que se lo ganaba a pulso.



Una vez subida a la cinta de correr, me puse los auriculares del MP4 y le di al *play*. No llevaba música, sino audiolibros. Bueno, más bien

las lecturas de clase con un simulador de voz. Me lo había conseguido Dani, uno de los chicos del Santuario con el que había hecho buenas migas en India, y así optimizaba mucho mejor mi tiempo. Escuché un tostón sobre los cátaros durante las dos horas que estuve haciendo ejercicio y, por fin, a eso de las seis de la tarde estaba duchada y lista para volver a casa. Saqué las cosas de la taquilla y miré el móvil, que había dejado en silencio. Llamadas perdidas y mensajes de Helena y de Pol. Tenía intención de llamarles, pero Helena se me adelantó. Me la encontré en la puerta del gimnasio, esperándome con expresión de impaciencia. Sofía debía de haberle dicho dónde me encontraba.

—¿Por eso no puedes verme? Podría aceptar que me dejaras plantada por esos pedruscos que tanto te fascinan, e incluso por el pánfilo de tu novio, pero no para matarte en el gimnasio como una aspirante a «tronista» de *Mujeres y hombres y viceversa* —espetó.

—Helena, por favor. Sabes que el coma me dejó tocada y debo mantenerme en forma —suspiré.

—No, sé que eso es lo que me dices, pero yo creo que pasó algo más en ese viaje y tienes miedo de que se repita y te pille poco preparada.

Helena parecía tener alguna clase de superpoder para leer la mente. Evidentemente, todo eran suposiciones tuyas. Ni ella ni nadie al margen de mi familia, la gente del Santuario y los del bando de Sam sabían la verdad. Pero había dado en el clavo. Aunque me había restablecido por completo tras el coma, me obsesioné con la idea de que debía estar en una condición física óptima por lo que pudiera pasar.

El teléfono sonó en ese momento y volví a suspirar.

—Espera, será Pol. Parece que soy muy popular, todos sentís la necesidad de estar conmigo —mascullé.

El número de teléfono no era el del «chico con el que salía», sino de papá.

—Hola, dime —contesté.

—Hola cariño, ¿puedes venir al Santuario? —Suspiré por tercera vez seguida.

—Claro, voy directa desde el gimnasio.

—Perfecto. Hasta ahora. —Mi padre sonaba anormalmente serio.

Colgué el teléfono con un mal presentimiento.

—He de irme —anuncié.

—Voy contigo —contestó Helena.

—Ya sabes que no puedes. Cosas secretas de la vida paralela de mi familia —repliqué en tono de broma, aunque fuera verdad.

Helena dio media vuelta y se marchó sin despedirse. Estaba enfadada, pero ya se le pasaría. Tenía que comprender que no porque ella tuviera una vida ociosa la teníamos los demás también. Había empezado la carrera de Psicología, pero a los dos meses dijo, textualmente, que ninguno de aquellos profesores podía enseñarle nada que no supiera sobre las gilipolleces de la gente —y, en parte, era cierto que calaba a todos a la primera y acertaba—, así que lo había dejado y no hacía nada en todo el día. Tenía dinero como para vivir diez vidas a todo tren; era una chica de diecinueve años que ya estaba aburrida de todo.

Llamé a Pol para decirle que mi padre había reclamado mi presencia y me dirigí de nuevo al ferrocarril en dirección al Paseo de Gracia, donde teníamos la oficina. Sonó disconforme, pero no podía exigirme que ignorara a mi padre por él.

De todas formas, no lo hubiera hecho.



Cuando entré, me recibió un grito.

—¡Cada día te pareces más a Madonna! —exclamó Dani—. Rubia, millonaria y vigoréxica, podrías ser su hija.

—¿Pero qué os pasa a todos hoy con que haga ejercicio? ¡Dejadme en paz! —En el caso de Dani, lo dije riendo. Era de los pocos que no parecían tener nada en contra de mi estilo de vida.

—Casandra. —Mi hermana mayor, Penélope, apareció detrás de Dani con semblante aún más serio de lo habitual en ella—. Papá está en el despacho, será mejor que vayas.

—¿Le ha pasado algo a Álex? —Empezaba a preocuparme de verdad.

Mi hermano se había ido varias semanas atrás a una misión encargada por mi padre y no sabíamos nada de él desde hacía días. Yo estaba más inquieta que nadie porque había estado presente durante la anterior misión, cuando murió atacado por un autómatas durante el viaje a India. Permaneció varias horas «en el otro lado» —sea cual sea, ya que nunca hablaba del tema— hasta que lo traje de vuelta, provocándome en el proceso mi célebre coma. Desde entonces, y aunque parecía el mismo, había notado sutiles cambios en él. Recordé el momento de la despedida antes de marcharse para este último trabajo. Me abrazó y me dijo adiós con una sonrisa, ambas cosas igual de vacías. A veces parecía que hubiera perdido el alma, la calidez que lo caracterizaba. Por supuesto, sabía que eso era una estupidez. Lo más probable es que sufriera algún tipo de trauma a niveles que yo no era capaz de comprender, pero no quería ver a ningún especialista. Se había mostrado tajante en esa cuestión.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando entré en el despacho de mi padre y me encontré con la última persona que esperaba: Héctor, mi otro hermano.

—¿Qué haces tú aquí? —espeté con desagrado. Nunca nos habíamos llevado bien. No recordaba un solo momento en mi vida en el que no estuviera molestándome. Fue un alivio cuando se marchó de casa.

—Y luego dice de mamá. Anda que no es borde ella también —Héctor se dirigió a mi padre, que lo amonestó por el comentario pero no le quitó la razón.

—Casandra, discúlpate con tu hermano —ordenó.

—Lo siento, Héctor. Te daría un abrazo de bienvenida, pero estoy recién duchada.

Él sonrió burlón, inmune a mis comentarios.

—Basta, niños. Casandra, siéntate. Tengo malas noticias, así que iré directo al grano. Álex ha desaparecido. —A Héctor se le borró su estúpida sonrisa de la cara, aunque yo ya me temía algo como aquello—. Sé que ha sido un inconveniente para ti venir hasta aquí en mitad de tu investigación —le dijo a Héctor antes de dirigirse a mí—. Y a ti, cariño, quería evitar enviarte a ninguna parte hasta que estuvieses más preparada, pero esta vez será diferente. Solo necesito que le sigáis la pista y me mantengáis informado de cada paso. Después, podré mandar un equipo y tú podrás volver a Barcelona.

—¿Y Héctor? —pregunté, molesta porque me reclutaran para un simple papel de acompañante con intención de apartarme en cuanto empezara lo bueno.

—Él tiene mucha más experiencia. Estarás a salvo —contestó mi padre, malinterpretando mi frustración accidental o deliberadamente.

—¿Qué buscaba Álex? —preguntó Héctor.

—Un tesoro celta. Su última ubicación fue en Galicia, pero perdí el contacto con él antes de que me dijera a dónde se dirigía a continuación. —Hizo una pausa antes de continuar y nos miró fijamente—. ¿Estáis los dos de acuerdo en ir a buscarlo?

—Por supuesto —contestamos Héctor y yo al unísono.

PRIMERA PARTE

Galicia

—¿Qué es ese tesoro que iba buscando? —preguntó Héctor.

—Un amigo mío, arqueólogo gallego, descubrió hace poco en las proximidades de un yacimiento calcolítico un nuevo conjunto de petroglifos muy interesante. Consiguió relacionar las posiciones de ciertas marcas con las de las estrellas en el equinoccio de otoño, incluyendo la desviación solar de trece grados desde hace cuatro mil años hasta ahora. Además, el grabado es muy complejo y consta de varios círculos, espirales y laberintos, algunos de ellos enlazados entre sí.

—La arqueoastronomía es fascinante, sí, pero no es lo tuyo —comentó Héctor, interrumpiendo a nuestro padre.

—No me has dejado terminar —espetó papá. Tuve que reprimir una sonrisa—. El motivo por el que mi amigo me llamó es un dibujo en medio de uno de los laberintos del conjunto: una figura antropomorfa con algo que parece una espada. Hace ya tiempo que investigo los cuatro tesoros celtas que trajeron los Tuatha Dé Danann.

—¿Quiénes son esos? —intervine.

—La traducción sería «la tribu de Dana». Son los conquistadores míticos de Irlanda. No creo que sea relevante daros ahora más detalles sobre ellos, solo que trajeron consigo cuatro tesoros de sus ciudades originales. Quizá os suene el famoso caldero de la abundan-

cia. Ese era uno de ellos, pero otro era una espada, llamada Claíomh Solais, «espada de luz», que pertenecía al rey dios céltico Nuada. Se dice que tenía ciertos poderes: según la leyenda, brillaba al entrar en combate y era invencible. La propia vaina de la espada también tenía el poder de curar o proteger a su portador, por lo que era casi tan importante como la propia arma.

—¿Como Excalibur? —se burló Héctor con una sonrisa idiota.

—¿Excalibur no es cristiana? —Había visto muchas películas al respecto y cada una contaba una historia diferente, pero me sonaba algo de los Caballeros de la Mesa Redonda buscando el Santo Grial.

—Los cristianos de Inglaterra eran romanos medievales, y ya conoces a los romanos: todo lo que les gustaba, se lo agenciaban. El mito original era pagano, cateta —replicó mi hermano.

—Haz el favor de hablar bien a tu hermana —le regañó mi padre—. Y sí, podría ser perfectamente el elemento que originó el mito de Excalibur, no lo descarto. El nombre actual viene del original galés Caledfwlch, que se relaciona con el término Caladbolg, y que significa «hendidura dura». Así llamaban los celtas a las espadas de gran tamaño. Es un poco confuso porque también era el nombre del arma de otro héroe mitológico irlandés, pero esa tenía poderes diferentes y no era uno de los Cuatro Tesoros.

—De verdad, papá, cada vez te buscas historias más rocambolescas —bufó Héctor.

—Pensaba que estaba criando eruditos y no me encuentro más que con hijos insolentes y díscolos —se lamentó este.

—¿Por qué lo dices en plural? —me quejé—. ¡Yo te estoy escuchando!

Héctor me miró con rencor, como si yo estuviese aprovechando la situación para quedar por encima de él a ojos de nuestro padre. Sin embargo, suavizó su expresión y su tono cuando se volvió a dirigir a papá.

—No era mi intención faltarte al respeto. Solo digo que adentrarse en la mitología celta sirve de poco. No tenían fuentes escritas

propias, y lo poco que hay sobre ellos fue tergiversado por romanos y cristianos.

—Un momento —intervine—. ¿Por qué crees que un grabado en Galicia puede dar información de un tesoro irlandés? ¿Qué hay de la cuestión celta?

—Perdonad, pero el estudio de ese periodo me pilla ya muy lejos —interrumpió Héctor—. ¿Podéis refrescarme la memoria?

—La cuestión celta es el debate acerca de si eran un pueblo homogéneo o distintos pueblos diferentes entre sí que los romanos metían en el mismo saco bajo el término *keltoi*. Dada la relación que ha establecido entre estos grabados y los dioses irlandeses, papá parece defender la primera hipótesis, pero yo no opino lo mismo. No hay pruebas de una unidad cultural sólida más allá de pequeñas cosas comunes, que pueden ser fruto de los contactos comerciales —expliqué. Héctor me miraba con la palabra «repelente» escrita en los ojos, pero tuvo la decencia de no materializarla de forma oral.

—Entonces, la pregunta de Casandra es razonable —reconoció mi hermano a regañadientes, dirigiéndose a papá—. ¿Por qué relacionas ese petroglifo con la espada que buscas?

—Porque el dibujo tiene otras marcas. No está muy bien conservado, pero da la impresión de que de la espada emana un resplandor.

—Eso es muy pobre.

—Lo sé, pero quería cubrir todas las posibilidades. Por eso mandé a Álex a Galicia, para verlo en directo, hacer algunas fotos para nuestro archivo y que mi amigo le pusiera al día de la investigación sobre el petroglifo. Sinceramente, no esperaba nada más.

—Y, contra todo pronóstico, ¿encontró algo? —pregunté, sin dar crédito.

—Eso dijo, pero quería reunir más información antes de contármelo. Después solo me envió un escueto mensaje anunciando que iba a seguir una pista, pero no mencionó cuál ni a dónde antes de desaparecer.

—¿Y tu amigo? ¿No te ha contado nada?

—Sea lo que sea lo que Álex descubriera, no lo compartió con él antes de marcharse —contestó, negando tristemente con la cabeza.

—Entonces supongo que nos vamos a ver ese petroglifo —dedujo Héctor.

—Mi colega está en una conferencia en el extranjero estos días, pero os pondré en contacto con alguien de confianza allá para que os eche una mano —añadió mi padre—. En casa os daré sus datos.

Eso significaba que daba la reunión por terminada. Héctor y yo nos levantamos, salimos del despacho y bajamos las escaleras que daban a un pasillo central con diferentes oficinas y salas a ambos lados. En una de ellas se veía una larga mesa de laboratorio con dos personas sentadas trabajando. Una levantó la vista y se asomó.

—¡Héctor! ¿Cenamos en el chino luego? —gritó Dani.

«¿Desde cuándo son amigos?», pensé. Me enfurecí repentinamente con aquel gafotas traidor. Me había dicho en India que se llevaba bien con él, pero no pensé que tanto como para quedar fuera del trabajo. La que quedaba con Dani fuera del Santuario era yo.

—¡Vale! —respondió mi hermano.

—¿Te apuntas, Cassy? —vociferó Dani de nuevo.

—¡Que no me llames Cassy! —Álex le había dicho cómo me había llamado George, un amigo de papá que nos ayudó a preparar el viaje a India, y el muy cotilla se lo había contado a todo el Santuario. Desde entonces, la mayoría me chinchaba con ese apodo. No lo soportaba.

—Casandra, Daniel —nos riñó mi padre, asomando la cabeza por la puerta de su despacho—, ¿es que no sabéis hablar como personas?

—Lo siento —dijo Dani humildemente, con un tono de voz mucho más moderado.

Héctor le hizo un gesto con la mano para indicarle que lo llamaría más tarde, y el químico asintió y volvió a meterse en su laboratorio.

Salí a la calle tras mi hermano, sin saber muy bien qué decirle.

—¿Vas para casa? —preguntó.

—Sí.

—Pues buen viaje. —Se marchó caminando en la dirección opuesta, con las manos en los bolsillos. Me alegré de no volver con él. Mi hermano tenía algo que me hacía enfadar solo con verle.

Volví a casa a estudiar y a esperar a que llegara papá para darnos más información.



Eran las doce de la noche, tenía que madrugar y Héctor seguía sin aparecer. Mi padre quería hablar con los dos a la vez, pero el señorito tampoco cogía el móvil. Finalmente, papá me contó a mí sola lo que quería decirnos.

—¿Recuerdas a nuestro abogado? —preguntó.

—¿El francés?

—No es francés, solo vive allí, pero es gallego. Tiene una hija un poco mayor que tú que vive en Vigo. Se llama Julia, mañana te daré sus datos. Ya he hablado con ella y os ayudará a llegar hasta el lugar del petroglifo. No está lejos de la ciudad. Mi intención es reservaros billete de avión para este mismo fin de semana, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Estábamos aún a martes. Tenía tiempo de estudiar algo más y hablar con Pol sobre mi inminente viaje. Eso sería lo más difícil. No sabía demasiado acerca de mi familia —y así debía seguir siendo—, por lo que no entendía muchas cosas de mi pasado reciente ni de mi presente.

Me sentí algo culpable por irme a dormir sin haberlo llamado. No había tenido tiempo, y la verdad es que tampoco me había acordado. A veces pensaba que eso no era una buena señal. De todas formas, ya era tarde; tendríamos que hablar en clase.



Por la mañana creía haberme levantado la primera, pero descubrí que el baño que compartíamos Sofía y yo estaba cerrado por dentro. No podía ser ella, la había oído en su habitación al pasar por delante. Aporreé la puerta con mal humor.

—¡Héctor! ¡He de ducharme antes de ir a clase!

—¡Pues vete al baño de Álex! —gritó.

—¡Todas mis cosas están ahí dentro! ¡¿Por qué no te has duchado tú en el otro?!

—¡Necesitaba acondicionador y Álex no tiene!

Tuve que esperar quince minutos más hasta que por fin abrió la puerta con una toalla enrollada a la cintura y me dejó pasar. Entré como un torbellino.

—Largo —ordené.

—Tranquila, hermanita, que he de peinarme.

—Ya no estás en la selva. Córtate el pelo —espeté. En el último año se lo había dejado crecer y ya casi le pasaba de los hombros. Le caía en oscuros rizos, como a mi madre y a Penélope, pero en menor cantidad.

Me ignoró y continuó peinándose con mi cepillo. Miré el interior de la bañera y el desagüe estaba atascado por una maraña de pelo.

—Vas a recogerlo, ¿verdad? —preguté, amenazante.

—No me toques los huevos ya de buena mañana. —Dejó el cepillo, también lleno de pelo, sobre el lavabo y se marchó tan tranquilo. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no salir detrás de él y lanzárselo a la cabeza.

Limpié yo misma la bañera y me duché en tiempo récord para no llegar tarde.



Una vez en clase, Pol me recriminó haberlo dejado plantado cuando ni siquiera habíamos quedado. Insistí en que ya le había avisado de que me iba mal que nos viéramos. Estudiábamos lo mismo y yo me-

morizaba las cosas antes, así que no era capaz de entender por qué él podía sacar tiempo para estar juntos y yo no. Lo achacaba a una falta de compromiso e interés por mi parte, pero no podía contarle que no era por eso —al menos, no solo por eso—. Decidí aprovechar que ya estaba enfadado y soltarle lo del viaje de ese fin de semana.

—¿Pero por qué tú? —exclamó—. ¿No puede ir tu hermano solo? ¿Qué tenéis que hacer allí para necesitar a dos personas?

—Cosas de mi padre —respondí, sin saber qué más decirle.

—¿No puedes decir que no?

—Es que quiero ir.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendido.

—Vamos a ver unos petroglifos que parecen interesantes.

—Me pareció que esa información era inofensiva.

—¿Y solo vais para eso?

—Y a ver a una amiga de la familia —improvisé, empezando ya a enfadarme—. Y deja de hacer preguntas. Me voy el sábado y punto.

—¿Puedo preguntar cuándo vuelves o tampoco?

—No lo sé aún.

—No te entiendo —dijo, sacudiendo la cabeza—. A ninguno. No entiendo a tu familia.

—¿Qué quieres que te diga? Es lo que hay —repliqué, cortante.

Dejó de insistir y pasamos distantes el resto de la semana, pero no me dolía tanto como debería. Incluso sentía alivio por poder preparar el viaje sin lidiar con sus protestas. Definitivamente no íbamos por buen camino, así que tomé una decisión.

El viernes, al salir de clase, reuní valor.

—Deberíamos dejarlo.

—¿A qué te refieres? —inquirió, aunque por su expresión lo sabía de sobra.

—Salir juntos. No está funcionando.

Pol me miró con tristeza.

—Llevaba tiempo esperando esta conversación —confesó.

—Creo que es inevitable. No consigues aceptar mi estilo de vida y no puedo obligarte a que lo hagas. Y debes saber que no solo no voy a cambiarlo, sino que irá a más.

—¿De verdad es por eso? —replicó con amargura—. Sé sincera, tú no estás enamorada de mí como yo lo estoy de ti.

—No digas tonterías, tú no estás enamorado. Nos gustábamos y salíamos, pero no es como si hubiéramos planeado el resto de nuestra vida juntos.

—Yo sí la imaginaba —respondió, dolido—. Pero supongo que tú te ves sola.

No quise reconocer en voz alta que había dado en el clavo en ese aspecto. No veía marido ni hijos en mi futuro, al menos a corto o medio plazo, y me gustaba así.

—No creo que sea el momento para hablar de eso —le corté cobardemente antes de despedirme y echar a andar hacia la estación. Cuando estaba llegando, un coche se subió a la acera y casi nos arrolla a los que esperábamos en el paso de cebra. Mi ira creció cuando lo reconocí. ¡Era mi coche! ¡El que me habían regalado Helena y Dídac cuando aprobé el carnet de conducir!

—¡Héctor! ¿Pero qué coño haces?

—¿Te llevo a casa?

Una pareja de *mossos d'esquadra*, la policía autonómica, se acercaba a toda prisa. Subí corriendo al asiento del copiloto y mi hermano arrancó, pero me temí que ya hubieran anotado la matrícula.

—Vas a pagar tú la multa. ¡Y reza para que no me quiten puntos!

—Encima que te recojo...

—¿Qué haces con mi coche? —inquirí.

—Me apetecía playa. He ido a Castelldefels —repuso con toda la tranquilidad del mundo.

—¡Pero si hay trenes! ¿Por qué coges mi coche? —repetí. Se encogió de hombros con una sonrisa.

—Estoy más acostumbrado a conducir que al transporte público. —Le miré y de repente no me sentí con fuerzas para discutir.

—De verdad, Héctor. No sé por qué disfrutas tanto cabreándome, pero no es buen momento.

—¿Problemas con el noviete? —preguntó sin mucho interés.

—No es asunto tuyo, pero sí.

—¿Quieres un consejo de hermano mayor? Tienes demasiada mala leche y eres una estirada. Arregla eso y más hombres te querrán.

—Imbécil —mascullé, pero tenía más ganas de llorar que de discutir. Me mordí la lengua y miré por la ventanilla para que Héctor no reparara en mis esfuerzos por contener las lágrimas. ¿Todos los viajes empezarían siempre en plena crisis nerviosa?